

CAPÍTULO IV.

INTERRÚMPESE LA OBRA POR EL MÁS EXTRAÑO SUCESO
QUE ACAECIÓ AL AUTOR, Y DE QUE QUIZÁ NO SE ENCONTRARÁ
EJEMPLAR EN LOS ANALES.

Aquí llegaba dichosamente la pluma, volando con presurosa rapidez por region de la historia en alas, á nuestro modo de entender, de la verdad más acendrada; aquí corría la narracion sin tropiezo, por el dilatado campo de la vida de nuestro héroe, faltando por lo ménos la mitad para llegar al término de su espaciosa carrera: aquí comenzábamos (por decirlo así) á tender las velas de nuestra navegacion, desviándonos de la tierra, para engolfarnos en el mar alto de las más famosas proezas pulpitables de nuestro punca bastantemente aplaudido Fray Gerundio: aquí, aquí era donde lográbamos los documentos más copiosos, las más preciosas memorias, y los instrumentos, no solo más abundantes, sino tambien (á nuestro parecer) los más puntuales, los más exactos, y los más fidedignos, para divertir, entrete-
ner y embelesar (en cuanto nos fuese posible) é instruir, sin especial trabajo nuestro, á los lectores; cuando el suceso más extraño, el acaecimiento más singular y el más exótico, triste, melancólico, funes-

to y cipresino accidente que podia caber en la humana imaginacion, nos obligó á cortar los vuelos á la pluma, á parar el caballo en medio de la carrera, á echar las áncoras al principio de la navegacion; y en una palabra á levantar la mano de la tabla, arrinconándola para siempre, ó á lo ménos á suspender el pincel, hasta ver lo que producen las nuevas diligencias que estamos haciendo, en cumplimiento de nuestro empeño y de nuestra obligacion.

Bien conocemos que estarán ya nuestros amados lectores con una ansiosa impaciencia, por saber el triste y fatal suceso que ocasionó esta desgracia. Tengan por Dios un poco de flema, y déjennos respirar, haciéndose cargo de que no somos de bronce. La memoria sola nos conturba, los ojos se arrasan, la voz se corta, el pecho se cierra, la garganta se anuda y hasta la pluma parece que no quiere dar tinta. Ya hemos tomado un poco de vuelo, allá vá pues lo que nos sucedió.

En varias partes de esta, que nos pareció fidelísima historia, hemos advertido: que para formarla fuimos recojiendo una prodigiosa multitud de manuscritos, documentos, memorias, instrumentos que teníamos originales, y en fin todo aquello que pudimos conseguir y juzgábamos contener las más puntuales noticias históricas, genealógicas, tipográficas y críticas, las cuales sirviesen de verdaderos materiales á nuestra obra, sin dejarnos á nosotros más trabajo que la diligencia de recojerlas y el esmero de ordenarlas, dándolas dijéridas en aquel estilo que consideramos más propio de una historia de este carácter. ¡Cuántos archivos revolvimos! Cuántos be-

cerros, tumbos, crónicas, libros de cofradías, notas de espolios monásticos, y otros documentos de este jaez registramos; lo dejamos á la consideración del lector erudito y discreto; el cual solo podrá dar su justa estimación á este trabajo tan deslucido como necesario.

Pero nuestra desgracia consistió en habérsenos significado, que como Fray Gerundio floreció en un siglo tan remoto de nuestros tiempos, y como habían sido tan ruidosas en el mundo sus empresas y hazañas oratorias, todas las naciones se habían dado priesa á trasladarlas en su lengua; de manera que habiéndose perdido cuantos apuntamientos había de este héroe en la antigua lengua española, con motivo de la entrada é invasión de los sarracenos, no habría noticia de él en España, si una feliz casualidad no hubiera dispuesto que cierto viajero muy inteligente en las lenguas orientales, al pasar por Egipto, y hospedarse en cierto monasterio de cautos, enseñándoles los monjes su inculta y desaliñada librería, no hubiese reparado en cuatro grandes cajones, que estaban á un rincón de ella, rotulados con esta inscripción arábica: *Memorias para la historia de un famoso predicador español.*

Picado de la curiosidad, pidió y consiguió que se los dejasen registrar. Encontró en ellos mil preciosidades, y viendo que unos estaban escritos en hebreo, otros en caldeo, otros en siríaco, otros en armenio, otros en arábigo, muchos en persa, y una buena porción en griego, cuyas lenguas poseía él perfectamente, solicitó con los monjes, que se los vendiesen. Ellos lo hicieron por bien poco dinero,

porque ni conocían su mérito, ni aún estaban enterados de lo que contenían; y así los tenían llenos de polvo. El viajero los condujo á España; murió en Barcial de la Loma su patria; los papeles se esparcieron por aquí y por allí en aquellas cercanías; bien que la mayor parte se reservó en el famoso archivo de Cotanés, de que hicimos mención en el mismo zaguán de esta desgraciada historia, á la que llamamos así por lo que presto se verá. Informado, pues, de que todos los documentos que se hallaban en nuestra península, estaban escritos en las referidas lenguas, abandonamos del todo el intento de recojerlos, por no entender palabra ni siquiera de una de ellas; y aquí no podemos ménos de lamentar segunda vez nuestra desgracia, en no haber tenido en nuestra adolescencia quien nos enseñase por lo ménos la lengua griega y hebrea, que no solo nos servirían mucho en esta ocasion, sino en otras de mucha mayor importancia; y aunque oímos condenar á muchos, que parecen personas graves, este género de estudio, como inútil, y como ménos necesario, á nosotros nos hace más fuerza el ejemplo de los mayores hombres de todos los siglos, que el particular dictámen de los que en ningún siglo tienen traza de ser muy hombres.

Hácenos más fuerza las constituciones 14, 42, 43, 73, 79 de Gregorio XIII, en que recomienda el estudio de estas dos lenguas, con el mayor encarecimiento, para el cual, y para el de otras, fundó á sus expensas veinte y tres colegios ó seminarios en diferentes partes de la cristiandad.

Hácenos más fuerza la constitucion 65 de Paulo V,

en la cual se manda, que « en todos los estudios de « los regulares, sean del órden ó instituto que fueren, se enseñen las lenguas griega, hebrea y latina; y en los estudios más célebres, haya tambien « maestro de la arábica. » *In cujuslibet ordinis et instituti regularium studiis, sint linguarum hebraeae, graecae et latinae, in majoribus vero et celebrioribus, etiam arabicae doctores.* Hácenos más fuerza el ejemplo del gran Pontífice Clemente XI, peritísimo en la lengua griega, y no ménos celoso de que los jóvenes se aplicasen á ella. En fin, nos hace más fuerza la segura noticia que tenemos de que el gran Patriarca San Ignacio de Loyola, en sus constituciones aprobadas por la Silla Apostólica, dejó muy encargado á sus hijos, el estudio de estas dos lenguas; y nos inclinamos tambien á que el de la siríaca y caldea.

Si hubiéramos tenido quien nos las enseñase, y nosotros nos hubiéramos dedicado á ellas, no nos veríamos en el estrecho que nos vemos, resueltos á dejar la idea de la obra, por no tener los manuscritos de donde habíamos de tomar los materiales. Pero cuando ya pensábamos en eso, vés aquí que nos depa para la suerte ó la desgracia una rara vision. Dícame la criada, que me quiere hablar un moro. Hágole entrar, y encuéntrome con un hombre de aspecto venerable, de estatura heróica, con barba prolongada y rúbia; ojos modestos, però vivos; color blanco, y vestido enteramente á la turca, sotana talar, y abotonada, de lanilla fina color morado, aforrada con tafetan carmesí, uua gran banda de seda por ceñidor, que le daba muchas vueltas, chinelas forradas en tela amusca, y borceguiles á media pierna, á donde

salian á recibir unos anchurosos y prolijos calzones de marinero, que le bajaban hasta ella; una especie de capa ó manto corto, que no pasaba de la cintura, de la misma tela que la sotana, solo que estaba forrada en martas cebellinas, que le traia rodeada al brazo izquierdo airosamente; su turbante de tres altos, como de á media vara, con las tres divisiones regulares, blanca, encarnada y amusca, del que pendian por todas partes multitud de hermosas bandadas, ya de gasa, ya de moselina, y algunas tambien de seda.

Díjome en buen cortado castellano, que era un co-Epísopo Armenio, que venia á pedir limosna para los católicos del Monte Líbano, que vivian entre los cismáticos, sujetos todos al turco, para ayudar de pagar los excesivos tributos que les exigia el Gran Señor, por permitirles el ejercicio libre de su religion católica en los Estados de la Sublime Puerta. Añadió, que aquel era el cuarto viaje que habia hecho á España con tan caritativo intento, y que en las dilatadas mansiones que habia hecho en ellos, recorriendo todos sus reinos y provincias, habia aprendido la lengua con toda perfeccion; que el Señor le habia dotado de conocido don de lenguas, pues sobre haberse instruido bastante en todas las europeas, poseia perfectamente todas las orientales, que en cierta manera podia llamarlas sus lenguas nativas. Concluyó con manifestarme una multitud de cartas de príncipes y potentados, con otra igual y mayor cantidad de despachos y licencias exhortatorias de señores obispos, para que pidiese y le diesen limosna en el distrito de sus respectivas jurisdicciones; y por fin, me suplicó,

que como párroco, no solamente diese el uso de mi parroquia, sino que le hiciese el gusto de acompañarle en la demanda, para excitar más bien la caridad de los fieles.

Yo que me ví con un personaje al parecer tan recomendable (y para mayor autoridad traía consigo dos turquitos, como de catorce á quince años, de aspecto muy agraciado, que decia ser pagécitos suyos), y como por otra parte le ví que era tan versado en las lenguas orientales, en que estaban los manuscritos, cuyo contenido deseaba saber con tanta ánsia, y más hablando la castellana con tanta propiedad, como desembarazo, no puedo ponderar el gozo interior que me causó esta aventura, pareciéndome que no pudo ser sino por alta Providencia del Cielo, que por este camino queria abrirle á la ejecución de mis celosos intentos.

En fin, por ahorrar razones, le hospedé en mi casa, le cortejé, agasajé y regalé en ella por muchos dias, todo cuanto mi pobreza pudo dar de sí. Declaréle el pensamiento que habia tenido, y el motivo porque le habia abandonado, no entendiendo los manuscritos que estaban esparcidos en varios lugares del contorno, aunque la mayor parte se guardaban juntos y con buena custodia en el célebre Archivo de Cotanes, pueblo que solo dista una legua larga de esta villa. El Señor co-Episcopo se sonrió gravemente, y me dijo con grande agrado, que no me diese pena, que él me socorreria de este embarazo; y que pues no podia agradecer de otra manera mi caritativo hospedaje, celebraba la ocasion de manifestar su agradecimiento en cosa tan de mi gusto, como seria darme traducidos

en castellano todos los manuscritos que le pusiese delante, aunque fuese menester detenerse en mi casa algunas semanas, y aun meses; porque á las virtudes no se oponia, y era tambien especie de memoria para los católicos del Monte Libano, el reconocimiento á sus insignes bienhechores.

Beso la mano á S. I. por tanto favor. Al punto hice venir todos los manuscritos que pude recojer, especialmente dos grandes legajos del Archivo de Cotanes, cuyo Archivero mayor (intimo amigo mio) me los franqueó prontamente en virtud de real cédula y privilegio, que tenemos los de esta villa para eso, dándomelos con testimonio, y con recibo, como se previene en la misma facultad. Mi co-Episcopo tomó con el mayor calor la traduccion, y en ménos de mes y medio, me los presentó todos traducidos y numerados, para que supiese á donde correspondian unos y otros. Para mayor autoridad y abundamiento, puso su sello, y echó su firma en cada uno de los documentos traducidos, como se vé en ellos por estas palabras:

Concuerta.

ISAAC-IBRAHIM ABUSEMBLAT, CO-EPISCOPO
DEL GRAN CAYRO.

Despidióse de mí, dejándome este imponderable tesoro, que por tal le tenia yo, y pareciéndome que habia hecho poco por él, respecto de lo que él habia hecho por mí, le regalé á la partida lo más y mejor que pude. Sin perder tiempo, puse manos á la obra,

con que desvelos, con que afanes, y con que fatiga, Dios lo sabe; porque las especies están todas reparadas por aquí y por allí, sin orden, conexion ni método. Mi suma atencion fué no desviarme un punto de las memorias en orden á las noticias; porque ¿quién no se habia de fiar de las que estaban firmadas y selladas por un hombre que se llamaba *Isaac-Abraham Abusemlat*; *co-Episcopo del Gran Cayro*, y ménos el hacer milagros, parecia Santo?

Ahora entra la funestísima catástrofe. Cuando después de dos años de trabajo, de vijilias y de infinito sudor, tenia yo formadas las dos partes de mi historia, con la conformidad que van escritas, y puntualísimamente cuando estaba trasladando con la mayor felicidad, los singulares é ingeniosos apuntamientos de Fray Gerundio para su *Semana Santa*, pasó por este pueblo un inglés de autoridad, que se dirigia á Portugal, con no sé que comision. Traia cartas de recomendacion de algunos amigos, para que yo le hospedase: y lo hice con especial gusto, porque aunque sin ellas, le tengo grande en cortejar á todo hombre de bien que transite por esta villa. Díjome que habia sido muchos años catedrático de lenguas de la Universidad de Oxford, y que actualmente se hallaba en la córte de Lóndres sirviendo el empleo de intérprete y secretario de ellas. Créile sin dificultad, porque, salva la religion protestante que profesaba, en lo demás parecia hombre de honor, bondad y penetracion, de honradísimos y caballerosos respetos, sobresaliendo en él una vasta y comprensiva erudicion en casi todas las facultades.

Díle brevemente razon de la obra que estaba tra-

bajando, de los materiales ó documentos que habia tenido presentes para disponerla, del embarazo en que me hallé para su inteligencia, de la aventura que me deparó mi dicha con el co-Episcopo Armenio para salir de este embarazo, de la bondad con que los tradujo al castellano aquel santo prelado; y finalmente le dije, que habia de merecer la honra de que descansase algunos dias en mi casa, y que en ellos por via de entretenimiento, aunque molesto, se sirviese tomar el trabajo de leer los cartapacios, y cotejarlos con los instrumentos á que se remitian, porque aunque yo tenia toda la seguridad posible de su legalidad en estas materias, nunca sobran los motivos para afianzarla.

Todo lo aceptó el caballero inglés con atentísima urbanidad, diciéndome, que la detencion en mi casa por algunos dias le era precisa; pues informado de mi buen corazon, habia dado orden, para que le enviasen á esta villa ciertos despachos de su córte, que esperaba por la via de Madrid, sin los cuales no podia pasar adelante, y por lo que tocaba á mi obra, la leeria con especialísimo gusto; porque á su parecer no podia ménos de tenerle yo muy delicado.

Con efecto, en los seis dias que tuve la honra de tenerle por mi huésped, se entregó tan ansiosamente á la lectura de la historia, que apenas acertaba á dejarla de las manos ni aún para comer; y aunque protesto que no me habia de hablar palabra de ella, hasta que cotejada con los manuscritos, pudiese hacer juicio cabal de todo, se le conocia bien en todas sus acciones, gestos y movimientos, que la obra le habia cuadrado exactamente. En fin, la mañana del

« dia último que estuvo en mi casa (era por cierto
 « mártir, había de ser un día tan aciago para mí,
 « despues de habernos desayunados juntos, me dijo
 « que era preciso cerrarnos; y habiéndolo hecho, me
 « restituyó el manuscrito de mi historia, con todos los
 « demás instrumentos y papeles que había recorrido en
 « la misma conformidad, y con el mismo orden con que
 « yo se los había entregado; y mirándome entre risue-
 « ño y compasivo, me hizo un razonamiento en esta
 « substancia: «

« Señor Cura, tengo que dar á V. mil enhorabuenas
 « y mil pésames; aquellas, porque ha escrito V.
 « una obra, que en su línea dudo que tenga consonan-
 « te; yo á lo ménos no se le hallo en todo lo que he
 « leído, y no ha sido poco: éstos, porque creyendo V.
 « de buena fé, que ha trabajado una obra histórica,
 « exacta y fiel, calidades, que en cuanto es de su
 « parte de V., verdaderamente le asisten, ha gastado
 « el calor intelectual en disponer la relacion, más
 « falsa, más embustera, y más fingida é infiel que
 « pudiera haber en humana fantasía. Si como V. la
 « llama, *Historia*, la llamase *Novela*, en mi dictá-
 « men no se había escrito cosa mejor ni de más gracia
 « ni de más utilidad. Tan provechosa seria para muchos
 « de nuestros predicadores de la Iglesia anglicana,
 « como para muchos predicadores de la Iglesia ro-
 « mana; pero habiéndola V. intitulado *Historia*, no
 « me permite mi sinceridad engañarle, ni lo merecen
 « las honras con que me he favorecido, y la noble
 « confianza con que se ha fiado de mí. Nada tiene de
 « historia, porque toda ella es una pura ficción. So-
 « síguese V., y nó se lasuste hasta habermé oido.

« El llamado *co-Episcopo Armenio*, que á V. dió tra-
 « ducidos estos libros, tanto tenía de armenio como
 « de húngaro, tanto de co-Episcopo como de monja,
 « tanto entendía las lenguas orientales, como V. la
 « turquesca, la china, la japona. Dejo á un lado, que
 « há muchos siglos, que así en la Iglesia latina como
 « en la griega se suprimió la dignidad de co-Episcopo:
 « dejó á un lado, que el gran Cairo dista tanto de la
 « Armenia, como la Hircania de España; y en fin, dejó
 « á un lado, que ni los católicos, ni los cismáticos
 « armenios están sujetos hoy al gran Señor, desde
 « que los mogoles, ó Sofis de Persia conquistaron la
 « Armenia y la Georgia, sin que en aquella conserve
 « el turco más que dos plazas de poca importancia,
 « ó por mejor decir, dos fortalezas, que son la de
 « *alkhasiké* y la de *Coutetis*, teniendo en la primera de
 « Bajá de una cola ó de inferior orden; y en la se-
 « gunda un simple gobernador ó comandante. Todas
 « estas son fuertes señales de que el supuesto co-
 « episcopo debía de ser un picaron, un tunanton, un
 « vagabundo de los que de cuando en cuando suelen
 « aparecerse en varias partes de la Europa, y con sus
 « hipócritas artificios, engañan también á personajes,
 « que tenían motivo para no dejarse sorprender con
 « tanta facilidad.
 « Lo que no admite género de duda es, que le en-
 « gañó á V., pero graciosamente, en todo ó casi todo
 « lo que dijo que contenian esos legales de papeles; y
 « que el haberlos legalizado con su sello y con su
 « firma, fué una de las más preciosas invenciones ó
 « bufonadas que pudo discurrir para burlarse de la
 « sinceridad de V.

«A la verdad, se habla en varias partes de ellos de
 «un predicador extravagante y ridículo, de cuyos
 «sermones se entresacan varios trozos y pasajes;
 «pero no se nombra el predicador ni á tal Fray Ge-
 «rundio en todos los manuscritos, ni se dice si el tal
 «predicador anónimo fué español ó francés, campe-
 «sino, andaluz ó guipuzcoano. Y consiguientemente
 «todo cuanto se refiere de Campazas, de su familia
 «y del licenciado Quijano, es una pura patraña. El
 «sermon de ánimas que en el capítulo 4.º del libro 1.º
 «se supone que se predicó en Cabrerizo, un manus-
 «crito dice que se predicó; pero no expresa don-
 «de. Asi mismo se dá por cierto todo cuanto se re-
 «fiere en el capítulo 5.º del mismo libro, como sucedió
 «con el maestro de escuela; pero no encuentro rastro
 «de que fuese cojo ni hubiese sido maestro de Villa-
 «Ornate; pues solo se habla en general de un maestro
 «de niños, que el bellacon del señor co-Episcopo ha-
 «biendo fingido que Fray Gerundio era de Campazas,
 «púsole voluntariamente á la escuela de Villa-Ornate,
 «porque quizá será un lugar poco distante de Campazas.
 «Igual libertad finjé en todo lo que atribuye al dó-
 «mine Zancas-Largas, sacando de su fantasía un pre-
 «dicador imaginario, que no ha existido *in rerum na-
 «tura*. No se puede negar que muchas de las sandeces
 «que se ponen en su boca, se encuentran repartidas
 «en innumerables pedantes que se meten á maestros
 «de gramática, ó preceptores; pero no es verosímil
 «que todas ellas se encuentren solas en uno solo;
 «porque no necesitaria de más prueba para que le
 «tuviesen por orate. *arrrosib obaq sup asbaodud*
 «La ficcion más perjudicial de todas, en la reli-

«gion Católica que V. profesa (qué en la nuestra no
 «tendria inconveniente), es aquello con que el bri-
 «bon del tunante hace á su Gerundio del estado reli-
 «gioso. No hay ni el más leve rasguño de eso en to-
 «do lo que he registrado, porque al Predicador de
 «que se trata, no se señala estado ni profesion; por
 «eso todo cuanto se dice de su vocacion, noviciado,
 «estudios, empleos, etc.; se lo regaló de su bella
 «gracia el Ilustrísimo señor Isaac-Ibraim Abusem-
 «blat, co-Episcopo del Gran Cayro. *amillidor*
 «El mismo concepto se ha de formar de su inse-
 «parable amigo y compañero Fray Blas, del cual no
 «se habla ni hace la más leve mencion en todos es-
 «tos papeles. Solo se da una noticia cabal de otro
 «compañero del Predicador anónimo, que con su
 «mala doctrina y peor ejemplo contribuia mucho á
 «estragarle. Por tanto, aunque todos los razonamien-
 «tos del ex-provincial y maestro Prudencio, son gra-
 «ves, macizos y poderosos, debo prevenir á V. que
 «no se encuentran en los documentos originales.
 «Mucho ménos se lee en ninguno de ellos el nom-
 «bre de *Bastian*, ni el apellido de *Borrego*, ni puedo
 «discurrir el motivo que tendria el señor tunante para
 «poner en boca del sesudo labrador Bastian Borrego
 «las graciosas pero sólidas reflexiones que hizo en
 «la Granja con el maestro Prudencio. Solamente
 «conjeturo, que habiendo hecho campesino á su
 «Fray Gerundio, aplicó á los interlocutores aquellos
 «apellidos que son frecuentes en esta provincia, es-
 «cogiendo quizá los que á su modo de entender le
 «parecieron ridículos; pero si tuvo por tal el ape-
 «llido de *Borrego*, acreditó igualmente su malicia y

« su ignorancia. No tiene más de ridículo el apellido
 « de *Borrego* que los de *Carnero*, *Vaca*, *Mula*, *Leon*,
 « *Gallo*, *Palomo* y otros muchos con que se honran
 « tantas familias distinguidas, y algunas de la más
 « elevada nobleza. Aún V. mismo no pierde nada por
 « llamarse *Lobon*, siendo en la Historia Eclesiástica
 « de España, tan conocida desde el primer siglo de
 « la Iglesia aquella famosa matrona *Lupa* ó *Luparia*,
 « que algunos hacen Reina, y todos suponen señora
 « nobilísima; y en fin allá en Inglaterra, tambien te-
 « nemos mucha noticia de la gran casa de Villalobos.
 « Los documentos que V. tuvo presentes para com-
 « poner la segunda parte, no son más fieles que los
 « que le guiaron para componer la primera. El señor
 « Abuseblat le vendió á V. gato por liebre, y le pu-
 « so delante todo lo que á él se le antojó. Aquellos
 « apuntamientos sobre los vicios del estilo, son un
 « bello trozo de retórica, que me acuerdo haber lei-
 « do, no sé en dónde; pero bien sé que en estos pa-
 « peles siríacos, arábigos y caldeos, no he leído ni
 « una sola palabra de tales apuntamientos. La carta
 « que el estudiante retórico de Villagarcía escribió á
 « su padre, la tengo por apócrifa; pero pues V. está
 « en el mismo lugar, le será fácil averiguar la verdad
 « ó la suposición de esta noticia.
 « Una pintura que V. hace de no sé qué convite
 « en un Convento de Monjas, allá en el capítulo 3.^o
 « del libro IV, bien sé que lo sacó á la letra del *ins-*
 « *trumento traducido*, que está notado con el número
 « 77; pero el original á que se remite, no habla más
 « de monjas que de berengenas. Es una relacion ará-
 « biga de la toma de Damasco, en tiempo de las Cru-

« zadas. Sin duda que al tunanton debian de haber tra-
 « tado mal algunas monjas, conociendo quien era, y no
 « dejándose engañar de sus embustes; y él para ven-
 « garse fingió de su cabeza todos aquellos absurdos,
 « que no caben ni se pueden creer del recogimiento
 « y modestia, que dicen profesan las religiosas. Que
 « yo, aunque he viajado mucho por países católicos,
 « nunca las he tratado; pero siempre he oido hablar
 « de ellas con estimacion y respeto.
 « No puedo negar que me cayó muy en gracia to-
 « do cuanto en esta segunda parte se pone en boca
 « del Familiar, que es mucho y bueno. Se conoce
 « que el señor co-Episcopo no era lerdo, y así fuera
 « tan veraz como advertido; pero debo decir á V. pa-
 « ra descargo de mi conciencia, que todo esto fué de
 « su invencion, y nada de esos papeles. Aún así y
 « todo se descuidó su señoría en guardar consecuen-
 « cia, porque en una parte llama *Cuco* al hijo del Fa-
 « miliar, y en otra *Bartolo*. Verdad es que lo podia
 « componer, diciendo que el muchacho se llamaba
 « *Cuco Bartolo* ó *Bartolo Cuco*. El terrible razona-
 « miento del Magistral de Leon, tambien es lástima
 « que no se encuentre en estos documentos; pero al
 « fin, aunque sea fingido que lo dijo, es cierto que
 « todo lo que en él se dice es muy verdadero.
 « Todo el capítulo 8.^o del libro IV en que se trata
 « de aquel caballero mono ó mona, furioso reme-
 « dador de los franceses, es de exquisita sal, y solo
 « por él merece el co-Episcopo del Gran Cayro, que
 « V. dé por bien empleado cuanto le agasajó y rega-
 « ló, y que le perdone todo lo que le engañó. Fácil-
 « mente puede V. discurrir, que en estos manuscri-

« tos orientales no se toca ni se puede tocar tal espe-
 « cie; pero si V. se resolviere á publicar su obra,
 « reformándola, y poniéndola otro título, le aconsejo
 « que de todo este capítulo no mude sola una letra
 « ni sílaba.

« Lo mismo le digo del capítulo 9.º, en el libro V,
 « en que se habla del intolerable abuso de las muje-
 « res católicas, que se visten por gala los hábitos de
 « las religiones ú otros de capricho que ellas inven-
 « tan. Si esto lo hicieran las de mi Religión, las
 « aplaudiríamos mucho, porque seria la más graciosa
 « invencion, para zumbarnos de los trajes religiosos
 « de que hacemos tanta burla. Pero en mujeres ca-
 « tólicas, parece no se debe tolerar. Como quiera, el
 « tunante le dejó á V. escrita una sátira de grande
 « importancia, que debe engastarse en oro: y no im-
 « porta que la hubiera puesto en el estilo zafio del
 « Familiar, ni esto se debe censurar como inverosí-
 « mil ó como disonante; pues quiso dar á entender,
 « que para conocer el absurdo de este abuso, no era
 « menester ser catedrático ni culto; porque su mis-
 « ma disonancia da en los ojos á cualquiera que ten-
 « ga medianamente bien puesta la razon natural.

« Una cosa debe V. borrar absolutamente, y es
 « toda la instruccion que se pone del lugar de Pedro
 « Rubio; porque haya gala ó no la haya, es cierto
 « que ni de tal instruccion ni de tal lugar se hace
 « mencion en los originales, y que fué una pura fan-
 « tasía del señor Abuseblat.

« Tengo noticia de que en varias partes de España
 « se toleran, así en la Semana Santa como en otras
 « festividades, especialmente en la que Vdes. llaman

« del Corpus, algunas mamarrachadas, que hacen
 « ridículos los misterios de la religion Romana, y
 « nos dan grandes materiales á nosotros (á quienes
 « Vdes. tratan de herejes) para reirnos de algunos
 « que impugnamos. Por allá nos causá novedad y ad-
 « miracion, que sufran esto los que fácilmente pudie-
 « ran remediarlo. Los pasos de la Pasion son buenos
 « para meditados, y tambien representados en imá-
 « genes ó estatuas que aviven la consideracion; en
 « lo cual no me conformó con los de mi secta, que
 « se burlan de todas las imágenes sagradas, al mis-
 « mo tiempo que hacen tanta estimacion de las pro-
 « fanas, tratando algunas con mucha veneracion.
 « Debo este testimonio á la verdad, porque soy hom-
 « bre sincero, y hablo en país libre; que en Ingla-
 « terra yo me guardaria muy bien de hablar de esta
 « manera. Bien está, pues, que los pasos de la Pasion
 « y todos los demás así, que constan de la historia
 « sagrada, como de la eclesiástica, se hagan presen-
 « tes á la vista por el pincel, por la prensa, por el
 « buril ó por el escópio. Cuanto mayor sea la viveza
 « con que se figurare, contemplo lo será la impre-
 « sion que hará en los ánimos piadosos. Pero que la
 « persona de Cristo y la de los Apóstoles en algunos
 « lances de la Historia Evangélica, se representen al
 « vivo por algunos hombres de la infima clase del
 « pueblo, y tal vez no de los de mejores costumbres,
 « ignorantes, y atestados de vino; perdonénme los
 « que los sufren; que allá nos disuena mucho.

« En virtud de esto, que he oido decir, tengo por
 « cierto que en varios lugares de España se practi-
 « caron distributivamente todas las extravagancias
 « V. la han vendido por originales.

« que supone la historia de Pedro Rubio; esto es,
 « que unas se practicaron en unos, y otras en otros:
 « pero no es verosímil que en un lugar se practiquen
 « todas. Y como quiera, no constando de estos origi-
 « nales, ni que haya tal lugar de Pedro Rubio, ni
 « mucho ménos que se representen en él pasos tea-
 « trales, soy de sentir que V. debe reformar ese pa-
 « saje, ó á lo ménos prevenir que no está muy segu-
 « ro de que no se haya padecido alguna equivocacion
 « en lo que se atribuye á Pedro Rubio.

« Finalmente, para convencer á V. demonstrati-
 « vamente que no debiera de haberse fiado de la lla-
 « mada traduccion legal del co-Episcopo del gran
 « Cayro, no es menester más que hacer un poco de
 « reflexion á los anacronismos en que están hirvien-
 « do sus papeles. Por una parte supone á Fray Ge-
 « rundio anterior á la irrupcion de los moros en Es-
 « paña, y por otra parte le llama *Fray*; cosa que ni
 « en España ni en otra parte alguna del mundo se usó
 « hasta muchos siglos después. Aquí dice que flore-
 « ció en siglos muy atrasados, allí cita dichos, escri-
 « tos y hechos que sucedieron ayer, ó cuasi están
 « sucediendó hoy. Si me hubiera de detener á parti-
 « cularizar estos anacronismos, seria menester re-
 « copilar toda la obra; pero basta esta insinuacion,
 « para que V. caiga en la cuenta.

« En los demás papeles de que todavía no se ha
 « valido V. porque los conservaria sin duda para la
 « tercera parte, hallo otras mil graciosas invencio-
 « nes del tunante, tan fingidas como las pasadas.
 « Trátase en ellas del ridículo modo con que entendia
 « Fray Gerundio el mandato de casi todos los seño-

« res obispos de España, de explicar por lo ménos
 « un punto de doctrina cristiana, en la salutacion de
 « todos los sermones, y de lo que pasó en esto con
 « un prelado celoso. Háblase mucho de un sermon
 « del Confalon, que predicó en la ciudad de Toro;
 « de otro llamado *de la Vexila* en Medina del Campo;
 « de un adviento y de una cuaresma y en varios lu-
 « gares de pláticas á monjas; de una mision que hizo
 « en cierta parte, y concluye el señor Abusemblat
 « con la conversion de Fray Gerundio al verdadero
 « modo de predicar; efecto de no sé qué libro con-
 « vincente, que la divina providencia le puso en las
 « manos. Su muerte fué ejemplar, precedida de una
 « pública retractacion de los disparates que habia di-
 « cho en sus sermones, y de una patética exhortacion
 « que hizo á sus frailes, para que predicasen siem-
 « pre la palabra de Dios con el decoro, gravedad, jui-
 « cio, nérvio y celo que pide tan grande ministerio.

« Es cierto que el armenio de mis pecados dice
 « admirables cosas en todos estos documentos, así
 « de los que pertenecen á su idea principal, como de
 « otros accesorios que entreteje al modo de los an-
 « tedentes y tocan en costumbres, escritores públi-
 « cos, críticos, mesas, trajes y extravagancias mal
 « usadas y peor toleradas en las procesiones, abusos
 « de rosarios públicos, de las novenas, de las imá-
 « genes sagradas en las esquinas de las calles y en
 « los zaguanes de las casas; y finalmente en otras
 « cien materias, todas de grande importancia, y tra-
 « tadas á mi ver con solidez y con gracia. Pero para
 « mí la conclusion es que nada, nada de esto se halla
 « en los papeles arábigos, siríacos y caldeos, que á
 « V. le han vendido por originales.

« En virtud de todo lo cual, haciéndome por una
 « parte gran lástima, que no salga á luz pública una
 « obra como la que V. tiene trabajada, y no pudiendo
 « por ahora negar este testimonio de la verdad, ni
 « este desengaño á la confianza que le merezco, soy
 « de parecer que V. no la imprima; pero que ó ya
 « la continúe, ó ya la dé por concluida, mude sola-
 « mente el título, y la divulgue de esta manera:

« *Historia, que pudo ser del famoso predicador*
 « *Fray Gerundio de Campazas.* »

« Viste tal vez, cuando se cae de repente el techo de
 una casa, y coje debajo á un perro, sea dogo, galgo,
 ó perdiguero, como se queda espatarrado? pues así
 ni más ni ménos me quedé yo cuando Milor Inglés
 acabó su razonamiento: por más de un cuarto de
 hora quedé atónico, enagenado, fuera de mí, sin
 acertar á hablar palabra; pero recobrados los espíri-
 tus, y dándome una palmadita en la frente, me acordé,
 que todo ya lo habia dicho yo en el prólogo, y
 protestando que yo era el padre y la madre, el hace-
 dor y el acreedor de *Fray Gerundio*; con qué, lec-
 tor mio, vamos á otra cosa, y cádate el cuento aca-
 bado.

FINIS.

« V. le han vendido por originales.

PRÓLOGO

ÚLTIMA PARTE DE LA HISTORIA

DEL FAMOSO PREDICADOR

FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS,

el mundo, si estas cartas que le presento hubiesen
 paraca que en su primitiva edicion formaba el tercer tomo de la obra. ¿Qué
 terremoto? preguntara Usia; voy á responder: en la
 súbita, repentina y calamitosa muerte de interstato del
 Monachismo Francés, cayó el Fisco (1) sobre todos
 los bienes; pasóse al inventario, y bien sea por no
 inteligencia del idioma español, ó por la naturaleza
 despreciable del asunto, ello es, que arrojaron estos
 papeles, y yo los apañé: al leer *Gerundio*, *IsLA*, *Ca-
 puzino* y *Penitente*, dije para mi coleta, los otros
 vaya, pero ¿el Padre *IsLA* al basureru? Eso no es mis
 dias: junté y arreglé los cartapacios; y al hacerme
 cargo del asunto dije: esto es que es inútil y no de

(1) Por dispensa real, se aprobó el Fisco,
 en virtud de la fuerza superior, de los bienes de impuestos, en
 perjuicio de los legados, por que estos no tienen
 bastante fuerza para oponerse á la disposición del Fisco.